

Ellas son, ellas son el asidero
Del maligno extranjero que nos odia,
Tras debernos aplauso al extranjero.
¡Quién le podrá arrancar la palinodia,
Si para hacerse fuerte en todo caso
Tiene aquellos defectos en custodia?
Tiénelos no menores su Parnaso;
Pero no es el de España, rudo suelo
De quien hacer mención no quiso el Taso.
Nuestra edad en el improbo desvelo
Del estudio no funda las noticias,
Que ilustran y eternizan un cervelo.
En breve Diccionario coleccionas
Mil ciencias epilogan el trabajo,
Y son á los Narcisos más propicias.
Cuanto hay del Ganges al dorado Tajo,
O cuanto desde el austro á los triones,
Sábía naturaleza en sí contrajo,
Lo comprende en cortisimas lecciones
Un don Lindo, que emplea veinte meses
En saber ajustarse los calzados.
Allí toman su origen los reveses,
Que al salvaje español tiran y vuelven
Abates italianos muy corteses (1).
Cortan, hienden, deciden y resuelven
Como pudiera Apolo, y con tal juicio,
Que siempre nos condenan, nunca absuelven.
La invención, la prudencia, el artificio
No son dones del suelo de Trajano;
Los Sénecas ya dieron de ello indicio.
Español fué el Marini, no italiano,
Y el buen Manuel Tesoro es punto fijo
Que nació bajo el cielo castellano (2).
¡Italia producir un tan vil hijo,
Que en todo sutílize vanamente,
En reiterar sofismas muy prolijo!
¡Calumnia abominable é impudente,
Cuando á su clima da la astrología
El influjo del signo más prudente!
Acá sólo domina guerra impía,
Impresión del sañudo Sagitario,
Silvestre signo de estación sombría (3).
Tras esto, si no esparce ni un diario,
Ni ostenta dictadores á manadas,
Que sojuzguen el mundo literario;
Si sus obras científicas, fundadas
Van siempre en las noticias primitivas,
No en las pedantemente alfabetadas;
Si no expone ningunas abortivas,
O espurias, ó monstruosas, como cuando,
¡Oh gran Cuadrío! de trágicos le privas (4);
Si ser docto no quiere, amontonando
Colecciones de inciertas colecciones,
O en todo vagamente salpicando;
Si llenan solidísimas razones,
No leves epigramas, sus escritos,
Raciocinios, y no declamaciones;
Careciendo de tales requisitos,
El suelo que dió patria al buen Lucano,
¡Cómo tendrá poetas exquisitos?
Peligroso ejercicio y muy cercano

(1) Las contiendas que se han suscitado, y continúan en Italia, sobre la literatura española, han dado ocasión á estos tercetos. Los abates Tiraboschi y Bettinelli son los mantenedores de nuestra ignorancia.

(2) Hoy día llaman en Italia *marinesco* al estilo que peca en demasiada floridez y sofistería. El caballero Juan Bautista Marini le llevó en los versos á un punto inaccesible; pero en la prosa los nuestros, que se reputan por sutilísimos, todos juntos no equivalen á un conde Manuel Tesoro.

(3) Cuando había astrólogos en el mundo, enseñaban que el signo de Sagitario era el dominante en España, y le atribuían las cualidades de silvestre, sañudo, guerrero y otras que ellos entendían maravillosamente. Los italianos, que atribuyen nuestra inclinación á sutílizar á la naturaleza del clima, debieran averiguar si aquel signo tiene también la cualidad de sutílizar.

(4) El abate Francisco Javier Cuadrío, ex-jesuita, que ha escrito la *Historia universal de la poesía*, dedicando una *particela* especial del tomo III, en que trata de la tragedia, para dar noticia de las de los chinos; tragedias que, según él, no sólo no guardan regla alguna, pero ni aun tienen sucesos trágicos (*tragic event*), no se ha dignado colocar á los españoles ni aun siquiera junto á las tragedias sin sucesos trágicos de los chinos. ¡Raro discernimiento de historiador!

Al más triste, á la fe, es el ejercicio
Que el cielo favorece con su mano;
En España, el más grande sacrificio
Que hacer puede á la patria un varón fuerte,
Si ni aun al extranjero halla propicio.
Yo el genio de hacer versos á la suerte
Debi; pero si el sabio la domina,
El genio inclinarme hasta la muerte;
Mas yo sabré enfrenar lo que me inclina.

SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS DE LA CÔRTE.

Cansado estoy de pretender, Camilo:
¡Qué haré? Tú, ya en la corte veterano,
Sabes sufrir el perdurable estilo;
Yo, bisoño y muy lánguido, me afano,
Y nada logro, aunque las horas pierdo,
Dándolas al bullicio cortesano.
Por más que de los libros no me acuerdo,
Y por más que, adulando á todo paje,
Crédito busco de entendido y cuerdo;
Por más que, docto en simular, relaje
Al engaño la boca, mi justicia
No me saca del grado de salvaje.
Me persigue sin duda la malicia,
Pues no me dan un puesto cuando adulo,
Sobre no ser mi vicio la codicia.
Visito, ruego, imploro, me atribulo,
Hago mil reverencias, aunque malas,
Que al fin nunca es muy diestro el disimulo.
Duermo, si es menester, en antecelas
Diez horas, por lograr un buen momento;
Que Mercurio en mis pies calzó sus alas.
Y ¡ve si justamente me lamento!
Tan gran lista de méritos, amigo,
No me saca de misero y hambriento.
¡Ríete, socarrón, de lo que digo!
Me río: ¿quién lo estorba? Vos, hermano,
Teneis traza de ser siempre un mendigo.
Trocado de escolar en cortesano,
La hilaza descubris á cada instante,
Y ostentando humildad, sois inhumano.
Vos, muy lleno de ciencia y muy pedante,
Si esperando á rogar á un poderoso
Veis que hácia un charlatan vuelve el semblante,
Como si fuera en él caso forzoso
Escuchar con agrado á un hombre sabio,
Y arredrar con desprecio á un mentiroso;
Dando otro estilo al indignado labio,
Ardiente el rostro y la cabeza inquieta,
De guerras escolásticas resabio,
Maldecís de la suerte que sujeta
El premio de la ciencia á la ignorancia,
Que prefiere á Platon una gaceta.
¡Que haré, pues! ¡oh Camilo! Tolerancia,
Y aprisionado el labio, al sufrimiento
Remitir del negocio la sustancia;
Alegar inmortal merecimiento
A quien no debe al mérito su cargo,
Es tañer dulce cítara á un jumento.
Ciencia profunda con estudio largo,
Y el grave meditar sobre las cosas
Que el alma elevan con gustoso embargo,
Producirán jaquecas peligrosas
Nada más; y yo sé que á tales frutos
Nadie aspira por sendas muy costosas.
La facultad de dar pide tributos;
Vos ¿qué tributaréis sino un consejo,
Moneda que ni aun sirve para lutos?
Los que ahora con soberbio sobrecejo
Cuando á rogarles vais, no lo tenían
Cuando solicitaban su manejo.
Adulaban, rogaban, sometían
Su voluntad á todo serviliente,
Y todo lo alababan y aplaudían.
El que ahora os habla hueco, pretendiente
Hablaba compungido á todo el mundo;
De allí y de aquí corría diligente.
Mostrábase en el traje casi inmundo,
Ostentación de hipócrita pobreza.
Dulce en pedir, en venerar profundo,

Pobre y veraz, ¡oh pésimo! ¡oh malvado!
Cuando colgado del fatal madro,
Veas horrible un misero aldeano,
Condenado á morir por vil ratero,
Piensa que aquel pobrete, muy lejano
De la corte, ignoró las grandes artes
De robar con imperio soberano.

Tímido y asustado en todas partes,
Femenil al dogal y al vil destino
Que fortuna á los débiles reparte;
Mas si ése, ya cadáver, el camino
Supiera á que te guio, y con mejillas
De rosa y labio indómito y canino
Supiera derramar blandas risillas
Y ostentar su vigor en regio carro,
Tú le vieras haciendo maravillas.
Allí con pompa altiva y con desgarro
De osada presunción, dictára leyes
Del Orinoco al cristalino Darro.
Halagado de reinos y de reyes,
De su estólido labio pendería
Gran multitud de racionales greyes.
A su casa el tesoro pasaría
Por virtud de su rostro y su pujanza,
Y cuanto Iberia en sus regiones cria.
¡Oh Lelio! tú eres feo, y no te alcanza
Tanta parte de dicha; á menos suerte
Naciste; pero, amigo, confianza;
Que no debe, no debe el varón fuerte
Desfallecer en el heroico intento.

No puedes ser adúltero, lo siento;
Feo naciste, y te privó fortuna
De arribar al supremo, al sacro asiento.
Pero ponte á alcahuete, y no importuna
Te será tu fealdad.... (2).

SILVAS.

I.

MI VENIDA Á ARANJUEZ.

Cansado, en fin, de la feroz golilla,
Y cansadas, señor, mis pobres musas
De verse entre cadenas y puñales,
Dejé los muros de la gran Sevilla,
De la ilustre ciudad donde difusas
Sus gracias derramó naturaleza
Con manos tan cabales,
Que la delicia de su fértil suelo
Cifra es dichosa del poder del cielo.
En lánguida tristeza
El misero Forner, todo postrado,
Mal estimaba los funestos días
De su vida penosa. Ni la grata
Risa del aura que apacible mece
Con vuelo regalado
La pompa que en el Bétis se retrata,
Ni la verdura que frondosa crece
En sus fértiles vegas, donde el oro
Brilla lozano en las suaves pomas,
Y en eterno matiz arden las flores,
Ni, en fin, los esplendores,
El gallardo decoro,
La gala, el chiste, el brío,
El donaire (¡ay Dios mío!)
Con que, de amor deidades soberanas,
Resplandecen las ninfas sevillanas,
Nunca al pobre Forner comunicaron
El deleite que en tantos inspiraron.
¡Oh amor! el yugo con que dulce domas
Los pechos más cerriles
Cuando bullen los años juveniles,

(2) FORNER dejó esta sátira sin concluir. Así se halla entre sus borradores.

(1) Cañuto. Voz anticuada: *sofión*.

Logra en Sevilla su mayor imperio;
Yo solo no gocé su ministerio.
¡Infeliz! me aquejaba
La miserable humanidad, envuelta
Entre el horror de su flaqueza impía.
Y si tal vez despierta
O festiva á sus juegos me llamaba
La agradable pasión, y en los halagos
De la dulce consorte le buscaba
Alivio blando á la tristeza mía;
Pálida, yerta, fría,
La sombra de la muerte
Giraba en torno de mi triste lecho.
Allí en clamores vagos
Mis oídos hería pavorosa
La voz de la maldad, y de su suerte
Me consternaba el término espantoso.
Sonido doloroso
Del hierro infausto que al malvado oprime
Allá en la tenebrosa
Caverna, donde clama, donde gime,
Fijo duraba en mi feliz oreja,
Perseguida del llanto y de la queja.
Gemía yo también; que soy humano,
Y el de juez no es oficio de tirano.
No bien hallada en mi cruel destino
La sacra inspiración, con que sonora
Nuestras mentes Apolo diviniza,
Huye (me dijo el Dios), huye del lloro;
Deja este suelo, deja
Las márgenes que el Bétis fertiliza,
Para ti sólo amargas, sólo mustias.
El influjo divino
Que te endiosa tal vez, ¿cómo entre angustias
Desplegará su ufana lozanía?
No bien se ajusta el sán de la algria
A la cadena ronca
Que en horrisono són llama al espanto.
La sacra poesía
Hija es del dulce, del suave encanto
Que pródiga estampó naturaleza
En la varia hermosura de los seres.
De la dureza impía
Huye el encuentro con temor doliente,
Bien así como cándida ovejilla
Del lobo fiero en hórrida maleza
Huye; y traslada tu affigida mente
A la región dichosa,
Donde en mansa corriente y deleitosa
El padre Tajo besa
Del trono hispano los sagrados muros,
Allí fecunda brilla
Galana majestad, verde y frondosa,
Que á los alientos puros
Y al retozo del céfiro festivo
Ambares mil espira,
Que roba alegre el viento
Y derramando su fragancia gira
Con vuelo fugitivo.
Allí goza su asiento
La belleza nativa
En blanda calma de inmortal reposo
Sin mezcla de contagio doloroso.
Las empuñadas copas
Verás que pueblan en alegres tropas
Canoros pajarillos,
Más venturosos cuanto más sencillos.
Y en tanto resonante
El quebrado raudal del hondo río
Con rumor espumante
Cifiendo va la soledad amena
Del antiguo vergel ancho y sombrío,
Cuyos troncos ancianos y robustos
Son de régia mansión troncos augustos.

II.

(Fué leída esta silva en la Escuela de Química de Madrid,
con motivo de los primeros ejercicios.)

¡Oh tú! lira sagrada, que pendiente
De lígubre ciprés en bosque umbrío,

Muda quedaste cuando el ronco estruendo
Del odio irreverente
Tus sonos apagó; si el poderío
Ya celebrar osaste de la eterna
Mano que mueve con reposo augusto
La máquina del orbe inexplicable,
Y el desórden horrendo
Pintas tú del mortal, y la inviolable
Ley que le liga al sempiterno trono,
Hoy la patria te llama; hoy en su abono
Pide en ti nuevamente tu armonía;
El acento robusto
Recobra andaz, y la malicia impía
Huya al oírte con furor medroso.
Léjos, léjos de tí pasiones vanas
Del misero mortal; majestuoso
El cerco de la tierra te convida,
En cuyo exámen la bajeza olvida
De su parte inferior la absorta mente,
Y al supremo Hacedor investigando
En sus fecundos dones,
De sus beneficencias soberanas
La inflexible grandeza humilde adora.
¡Oh patria! tus regiones
¡Cuánto me anuncian su poder divino,
Y cuánto, oh grande Carlos, tu desvelo
La industria de los hombres alentando,
Hace que resplandezcan
De la divinidad las obras sábias!
No ya pródigo el cielo
Derrama en balde, por fatal destino
De dormida imprudencia,
Sus bienes en el suelo que el sol abra
Cuando al bético mar se precipita;
No ya semblante horrible
La faz me ofrece de mi patria cara,
Ni en las hondas cavernas
De sus montes inútiles y rudos
Yacen los ricos seres que prepara
Al socorro del hombre inmensa ciencia;
El poder invisible
De las leyes eternas
Despliega ya su pompa, y templo digno
Es hoy de la deidad el clima ibero;
El dulce y lisonjero
Susurro de las aguas no ya en vano
Desciende de las cumbres, ni los valles
En vano sus alfombras fertilizan;
Ya secgos se deslizan
Anchos ríos de alegres arroyuelos,
Sujetos al humano
Dominio, su riqueza y sus venturas
Aumentando gozosos;
Los árboles frondosos,
O en bosques cultos ó en gallardas calles,
De mi patria la frente coronando,
Juntan á su hermosura
Fecundidad opima, y sus anhelos
El feliz Labrador, y sus fatigas,
Cobra anegado en cándidos placeres.
Las doradas espigas
Ve ondear en los campos, agitadas
Del dulce soplo, del aliento blando
Del céfiro benigno;
Y tesoros son ya los que desiertos,
Y mansiones amenas las que un día
De hierbas mustias y peñascos yertos
Habitación medrosa y solitaria.
¡Oh cuánto así los seres
Agradecen la ansiosa tiranía
Del humano trabajo, y cuánto varia
La gran naturaleza
El yugo remunera que la imponen!
Misero tiempo cuando,
Dejado su vigor, cubierta España
De espantable maleza,
Deseñó su bien, y las delicias
Y el inocente gozo que auxiliada
La tierra ofrece. Entonces
Negado al sabio el íntimo artificio
Del planeta que pisa, en desvarios
Cebó su mente, y maquinando mundos,

Las horas impropicias
Consumió en delirar, adulterada
Por él la Providencia,
Para ser ignorante con extraña
Porfía se afaná. Plantas, metales,
Piedras, brutos le cercan; y negado
A investigar sus usos, en su frente
Vanos seres forjó, débiles frutos
De activa inteligencia,
Que sólo sueña cuando en sí confía.
El sereno esplendor del albo día,
Y el hermoso matiz de sus colores,
Que el prado siembra de risueñas flores,
Y de luces adorna el cielo puro,
No hirió su vista; y dado ciegamente
A cavilar aéreos atributos,
La miseria y los males
Descuidó de la vida; y sabio en tanto
Se apellidaba un inventor de errores;
Todas las artes al imperio duro
Cedieron del engaño que triunfaba.
Tú, vencedor metal, á cuyo encanto
Se mueve el hombre, y la virtud á veces
Gime oprimida de tu infausto yugo,
¡Por qué el esfuerzo y la destreza brava
Del grande domador del polo opuesto,
A la extrema región del Occidente
De tus lóbregas minas
Comunicó el dominio inútilmente?
¡El dominio funesto,
Que á Europa enriqueció con nuestro daño?
El triunfo del engaño
Nuestra miseria fué.... Fatales días,
Huid de su memoria; ya renueva
Carlos, el grande Carlos, las edades
En que el fuerte español climas, naciones,
Visitando animoso,
De su industria no ménos tributarias
Las hizo que del golpe formidable
De su acero invencible, Victorioso
Gira ya en nuestros claros horizontes
El sincero saber, y derramando
Entre doctas verdades
Copia inmensa de bienes, grata aprueba
La deidad los desvelos del monarca
Que su vigor excita. Valles, montes
Restituyen los ecos de su gloria,
Y la nefanda envidia
Con tristes alaridos á las sombras
Huye del hondo averno,
A confundirse en el rabioso bando
De las furias nefarias
De los vicios y errores.... Y tú, ¡oh Musa!
A quien perdona la implacable Parca
Tal vez, y hoy eres con tibieza oída,
Tu inspiración esfuerza; descendida
Tu voz de la alta esfera, canto eterno
Comunica á tus valles, que inflamando
Con justo elogio los futuros siglos,
A rey tan grande imiten y veneren;
Que cuando lustre tan debido adquirieren
Las artes por su mano generosa,
Por más que te rehusa
El vulgo su favor, Musa divina,
Ea, canta animosa;
Que Carlos nueva suerte te destina.

CARTA FAMILIAR Á LELIO.

En vano ¡oh Lelio! mi pereza animas,
Y con pluma elegante
Nota de ingrata á mi lealtad íntimas,
¡Acaso de pedante
Debe preciarse un ciudadano justo,
Para alegrarse y ostentar su gusto
En el público bien, con cien dislates?
Ahorrando, Lelio mío, dispartes,
Pudiera el buen Laviano,
Sin ser coplero, ser buen ciudadano
Celebrando la paz con letanias,
Adulaciones frías

¿Qué aumentan á los prósperos sucesos?
De un loco los excesos
Tal vez pueblan de llanto un regocijo,
Y cuando no hacen más, le desazonan.
Las alabanzas mías
Podrán, si necias son, al héroe sumo
Afeár; y si sinceras le abonan,
Con divino vigor, nada le añaden.
Tras esto, yo no elijo,
Aunque pobre (poeta, en fin, de España),
En tono de elogiar, ganar dineros,
Con llamar á los tiernos herederos
Géminis y otros nombres endiablados (1).
¡Qué glorias persuaden
Conceptos vanos, frívolos arrobos,
Interesado humo,
Que ofende á la deidad más que la halaga?
En versos ponderados
De grave necedad, mil tiernos bobos,
Que de su España el esplendor estiman,
Con muy gustosa paga
Compran un romanzon, que nunca cesa
De decir que ha parido la Princesa,
Y que es muy buena, y lo serán los niños.
Perder tiempo en livianos desaliños,
Sin decir más que una verdad notoria,
No me lo manda Apolo, Turba espesa
De graznadores cuervos ya ha oprimido
El siempre augusto trono,
Que á la futura historia
Lástimas deberá por furia tanta.
Fuego sublime, de influencia santa,
Si alguno le he debido
A la mano de Jove, le recato.
Un bárbaro alegato
Tal vez mañana me dará una toga;
Y un rapto excelso, que en sonoro acento
El ardor desahoga
Con que al poeta la deidad inspira,
Me dará el descontento
De verme con los fatuos confundido,
Despreciado, y ¿quién sabe si oprimido?
Supongamos que, amiga
La ocasión, halagüeña me provoca
Al canto, y mi recelo
Y mi temor apoea.
La cítara descuelgo, que ya un día,
Festiva, al manso Tórnes suspendía
La amorosa corriente, ¡ay! y olvidada
Pende muda, indicando la tristeza
De su angustiado dueño. Desatada
En música elegante sube al cielo;
De allá con presto vuelo
Espíritu fatídico descende,
Y de mí, en mí infundido, me enajena.
Vehemente fuego llena
Mi pecho, hierve ufano, altiva emprende
Mi voz cantar las gracias de Luisa,
El albo rostro, la suave risa,
Consuelo de su pueblo; y sobre todo,
La alma divina, que en angusto modo
Ya labra de la patria las venturas.
Las alegrías puras
De la paz, resonando en mis acentos,
A esferas y elementos
Connueven, y risueño el ancho mundo
Su descanso celebra, y blandamente
Con proceder fecundo,
Libres de destrucción, vierte sus dones.
Amor, el dulce amor, mis expresiones
Anima, y elocuente,
Su llama, su vehemencia comunica
Al labio del poeta. Entonces grato
Llenará el aire con gallardo ornato
El nudo regío y duplicado fruto
Del heróico consorcio.... Multiplica,
Oh tú, del mundo bienhechor eterno,
En tu blanda inocencia,

(1) Alude á unos *Endecasílabos á la paz y al nacimiento de los Infantes gemelos*, de don Manuel Fernán de Laviano, fecundo autor de comedias. FORNER se burló con agudeza de estos *Endecasílabos* en una carta satírica que hemos encontrado entre sus papeles.

Tus bienes inefables; siempre enjuto
El inculpable rostro, no del llanto
Sienta la angustia; la arriesgada ciencia
De enfrenar la malicia de los hombres,
Con ellos crezca en la inocente cuna;
Y las altas virtudes, de una en una,
Dignos los hagan del supremo imperio.....
A tanto ministerio,
Acalorado del influjo santo,
Me dispongo, mi Lelio: cual canoro
Cisne, ya yo de mí me ensoberbezco,
Y admiro al orbe, y al mortal ofrezco
Grande ejemplar de locucion divina,
Y la excelencia de mi voz confina
Con la sacra excelencia
Del asunto inmortal..... En mi desdoro
Tal vez trabajo, y con fatiga suma
Voy á hacerme infeliz, y á ser sin falta
Blanco importuno del saber plebeyo.
¡Ved (exclama un nefando leguleyo,
Que rebosa barbarie, cual espuma
Henchido vaso de licor hirviente)
Lo que España consiente!
En mano de un poeta los litigios.
Aquí todo se exalta
El Atila legal, y á borbotones
Alega textos, leyes y opiniones
De Menoquío, Tepola y Capibacio,
Que ordenan que si alguno los vestigios
Sigue del tonto Horacio,
Y en números sonoros las acciones
Dignas celebra, y la virtud aplande,
Jamás aspire, autorizando el fraude,
Ni á ser pedante, para ser patrono,
De un letrado inviolables requisitos.
Y como son los necios infinitos,
Green al brutal, y el desdichado Aminta (1),
Sufriendo la hambre docta que le aqueja,
A la posteridad el cargo deja
De estimar su virtud, según costumbre,
Y dar á un vano nombre un honor vano.
¡Vé ahora, y la cumbre
Vence, animoso del saber, y ufano
Deidad hazte en la tierra!..... y no la furia
Sola espere de sucios profesores.
Descréditos mayores
Te prepara una turba delirante,
Que debe á la penuria
De su seso el afán, y la porfía
De mirar la necesidad á la poesía.
En pueblo donde un mal versificante
Triunfa, y lleva la voz de la doctrina
Porque el cuerpo acicala y afemina,
Usurpando á las hembras sus ungüentos,
Y sus versos estima por los cientos,
Sólo un pedante puede ser poeta.
Al docto la indiscreta
Caterva le persigue, avasallada
Al gusto del don Fausto. En mí el vestido
Es abrigo y decencia; no extremada
Cultura que entre damas ignorantes
Me haga docto porque ate consonantes,
Y versos mil y mil hiele en un hora.
Veme aquí, combatido
De un temible poder, cuya locura
Obedece y adora
El hombre, que se jacta de que impera.
El mismo Maron fuera,
Si no soy grato á Frine, pluma oscura
Consagro á las tareas inmortales.
De su vulva triunfal ¡qué triste sabio
Resistirá el imperio! Más fatales
Para mí mi verdad y mi entereza,
Que dichoso á una adúltera su vicio;
Porque ignora mi labio
El arte de dar nombre de belleza
A un semblante de cera ó bigotado,
Y en este negro suelo,
Ménos de su maldad, de todo dudo,

(1) FORNER.

¡Cándido sacrificio
Seré de una lascivia inexorable!
No, Lelio mío; el Cielo,
Sin mis versos, afable
Mirar puede á la patria, y yo sin ellos
Rogar también eternas sus venturas.
A los infantes bellos,
Sin el socorro de pesadas rimas,
Las edades futuras
Venerarán por héroes de su Iberia.
En ellos las opimas
Virtudes del abuelo trasladadas,
Del grande abuelo, y padres generosos
De la humana miseria
Los númenes serán. ¡Oh! acreditadas
Los tiempos presurosos
Mis voces vean; y la tierra un día
De sí, por ellos, la maldad destierre.
El Jano impío cierre
Sus puertas para siempre, y los mortales,
En fin, cansados de buscar sus males,
En vínculo de paz vivan unidos.
Vaticinios tan santos ¡oh! cumplidos
Veamos, Lelio, y la esperanza pia
Del bien del mundo, que suplican pocos,
Y dejemos los versos á los locos.

A LUCINDA, EN EL FIN DEL AÑO.

¡Qué importa que ligera
La edad, huyendo en presuroso paso,
Mi vida abrevie en la callada huida,
Si cobro nueva vida
Cuando en las llamas de tu amor me abraso,
Y logro renacer entre su hoguera,
Como el ave del sol (2), que vida espera?
Amor nunca fué escaso,
¡Oh Lucinda amorosa!
Y aumenta gustos en los pechos tiernos.
Si el año tuvo fin, serán eternos
Los que goce dichosa
Mi dulce suerte entre tus dulces brazos,
¡Oh mi Lucinda hermosa!
Brazos con tal blandura, que los lazos
Vencerán de la Vénus peregrina,
Cuando, suelto el cabello,
A Marte desafia
Y al victorioso dios vence en batalla;
En ellos mi amor halla
La vida, que en sus vueltas á porfía
El sol fulgido y bello
Me lleva en su carrera presurosa,
¡Oh Lucinda amorosa!
Y en la estacion helada,
Cuando su márgen despojada enfria
El yerto Manzanares,
Al año despidiendo con su hielo,
La lumbre de tu cielo
Dará calor á la esperanza mia,
Ajena de pesares,
No perdida mi edad, mas renovada,
Por más que el año huya,
Con el calor de la esperanza tuya.
¡Oh! siempre acompañada
Te goces del deseo que me anima,
Mas años que fragantes
Flores esparce en la húmeda ribera
La alegre primavera;
Y nunca el ciclo oprima
La dulce risa de tu rostro hermoso
Con disgusto enojoso,
Permitiendo que goce yo las flores
(Como fiel mariposa
O cual dorada abeja, que su aliento
Chupa, y en ellas forma su alimento)
De tus dulces amores,
¡Oh mi Lucinda hermosa!
Y vuele el tiempo, pues su paso lento

(2) Sin duda llama así Forner al fénix porque esta ave fabulosa, divinidad de los egipcios, recibía culto especial en Heliópolis, la ciudad del sol.

Detiene mi contento,
Detiene torpe su estacion tardía,
Que tú me llares tuyo, y yo á ti mía;
Vuele, vuele en buen hora,
Y este año tenga fin, y juntamente
Le tengan otros y otros; y el violento
Curso de Febo, que la tierra dora
Con su madeja ardiente,
Su carrera apresure.
Y tanto, en tanto mi ventura dure,
Cuanto en tu pecho vea
Reinar la llama que mi amor desea.
Vuelen, vuelen las horas,
Y llévense los días y los años
En sus vueltas traidoras,
Y llegue el tiempo en que mi amor posea
Tu pecho unido al amoroso mío,
Y la suerte gozosa
Dé fin dichoso al ruego que la envío,
Oh Lucinda amorosa;
Y en tanto los engaños
De amor tengan tu pecho entretenido
Con deseo, esperanza,
Manjares que alimentan á Cupido.
¡Oh tardos días de presentes daños!
Por vosotros alcanza
Su fin cuanto en el mundo es comprendido.
Pues huid, y dad fin al encendido
Fuego en que mis deseos se alimentan;
Mas, lográndolos luego,
El paso diligente
Que detengais os ruego;
Dejad que entónces, pues que ahora cuentan
Siglos los años, yo, mi bien gozando,
Haga siglos los días,
Y tanto dure en las venturas mías,
Cuanto el alegre tiempo dar pudiera
Estacion venturosa
De tu edad á la hermosa primavera,
Oh mi Lucinda hermosa.

EPISTOLAS.

I (1).

Estos días, señor, que interrumpida
La ocupacion de la feroz Astrea,
La balanza fatal cuelge en su templo,
Ménos medrosas las amables Musas
Me asisten, y el antiguo regocijo
Renuevan, y al retozo se desatan;
Yo en tanto, grave, al bullicioso influjo
Hipócrita resisto, y con gazmoña
Seriedad, de la toga reverenda
Guardar procuro los salvajes fueros
En torva faz y yerta catadura.
¡Ay! no es dado, señor, al sacerdocio
De la justicia, en la sesuda Iberia,
Sacrificar sobre inocentes aras
Al placer y á las gracias. Turba adusta
Con negro traje que al talon descende,
Ocupa la mansion de la alma diosa,
Y sentada en estrado pavoroso
Sólo se presta á oráculos ceñidos.
¡Oh! en edad no madura pereciera
El ánimo brutal que de las Musas
Manchó el primero las funciones sacras,
Y la infamia juntó á su ministerio,
¡Cuánto á los hombres, á sus ciencias, cuánto
Usurpó de delicia! Desde entónces
Entronizada la barbarie augusta
En el tímido foro, de su reino
Las flores arrancó, la lozania
Del culto ingenio, y de silvestres cardos
El ámbito pobló donde, en mejores

(1) Escribió FORNER esta carta en unas vacaciones, siendo fiscal del crimen en Sevilla, para dirigirla á don Eugenio Lagunas, ministro de Gracia y Justicia; pero no llegó el caso de remitirla.

Tiempos, brilló la pompa floreciente
Del cónsul inmortal, que á Catalina
Rompió el furor, y preservó la patria.
Siglo dichoso, edades venturosas,
Cuando sólo á los hombres infamaban
Los vicios, no el saber; cuando sentado,
Oráculo del mundo, en alta silla,
Soltaba el cónsul las temidas riendas
Para empuñar la cítara sonora,
Y bajaba del sacro Capitolio
Para trepar á la parnasia cumbre.
Engrandecida así la humana mente
Con el estro de gloria, á intentos grandes
Encaminaba su vigor robusto.

¡A cuánta costa en merecer me afano
(Decir solía el domador de Oriente)
Que en Atenas se cauten mis hazañas!
Mas nosotros, señor, prole mezquina
De menguada enseñanza, descuidamos
La divina poesía; ¡y cuáles hechos
Son de su acento en nuestro siglo dignos?
Dad que en el pecho enardecido hierva
El sagrado furor que allá en la falda
Del Olimpo, en presencia de mil héroes,
A Píndaro inflamó. ¡De tanto labio
Cuál nombre, cuál virtud merecedora
Al vate insigne ofrecerá la patria?
Triunfante la maldad en pompa fútil
Y frívolo aparato, grandes somos
Únicamente en altaneros vicios.
La virtud en los miseros hogares
Donde el trabajo y la templanza habitan,
Gime escondida entre groseros paños,
Miembros callosos y tostadas frentes.
Allí desconocida en abatido
Desprecio, llena los deberes santos
Que el cielo le dictó. La nueva aurora
Le amanece ya atado á la fatiga,
Cuyo fecundo afán devora luego
En ocio muelle la opulencia inútil;
La tierra que su mano fertiliza,
Siempre es estéril para el triste. Suda
Y ve crecer sus fértiles esquilmos
Cautivos ya: de rústicos manjares
Sólo goza reliquias desabridas,
Y aun al comerlas á su Dios bendice.
La grandeza ya sólo en los pequeños
Pechos reside infausta; y en los grandes
Ratera vanidad, materia opima
Al filo de la sátira jocosa,
Único empleo que á las doctas Musas
Ofrece nuestra edad. De nuestras glorias
Sólo nos restan en sepulcros viejos
Olvidadas cenizas. Los trofeos
Grabados en los mármoles ilustres,
Para acusarnos en las tumbas duran;
Y de mustio laurel y árido mirto
Ceñidas, con los héroes también yacen
La victoria y la ciencia sepultadas.
Del estólido vulgo ya buscamos
La admiracion con mímicas grandezas,
Vanos ornatos y esplendores huecos,
Que en sus días famosos y felices
Ni aun gozaron los Córdoba y Leivas.
El fausto de la gloria, no la gloria,
Es ya lo que aspiramos, y se engrie
Nuestra liviana presuncion si ostenta
Colgada á un pecho vil una alta insignia.
Las Musas en edades ya infecundas
De virtudes y gloria, ¡cómo pueden
Ser estimadas si su aliento sacro
No prostituye con juglar lisonja
A truhanes Mécenas orejados,
Que á Midas copian la riqueza y bienes?
¡De aquí su abatimiento! ¡Y cuáles hechos
Ocuparán de la canora trompa
El són majestuoso? ¡Cuáles héroes
A la lira darán nombres sublimes,
Que atónitos veneren nuestros nietos,
Y su virtud y su grandeza emulen?
Magnánimos varones, caras sombras,
Por quien triunfante al ignorado polo